



Crítica
de Ignacio Valente

Un Experimento Carcelario

LAS GANAS LOCAS
Sergio Marras. Editorial Planeta. Santiago, 1991. 202 páginas.

SERGIO Marras desarrolla un interesante experimento narrativo, situado en el Chile de la década pasada. El experimento no se refiere al lenguaje ni a la estructura de la novela, que son ambos más bien convencionales, sino a la acción misma, y consiste en investigar los cambios de conducta operados en un grupo de sujetos —el primero de ellos, un opositor al régimen militar— bajo los condicionalismos de "modernidad acelerada" que se suponen propios del régimen. Hecho así todo esto entre paréntesis, porque el experimento narrativo opera también con el propio régimen y sus instrumentos de manipulación ideológica, poniéndolo en tela de juicio. El "laboratorio" de esta ficción es una cárcel, cuyo interior representa un conjunto de un sistema cerrado de conductas humanas, en la tradición de novelas que transcurren íntegramente dentro de un barco en alto mar ("London, etc."), o en una prisión, o simplemente a puertas cerradas (García).

El espacio vital de *Las ganas locas* es una cárcel donde hay sólo presos económicos, gente bien que está en tránsito mientras arregla sus problemas, aunque a ellos se agrega para el caso ciertos sujetos dedicados a la conspiración política, "en general gente culta y razonable", que bien pueden llegar a ser ministros de un gobierno futuro. El ambiente párrafo escrito por uno de los protagonistas, expresa bien el tipo de rituales que revelan a los caracteres en esa situación límite de la existencia: "Al ser visitado de lejos de otros, la vida personal se abre al poder público. La visita colectiva tiene algo de redención y de ofertorio, algo de exaltación, muestra de cada vida terrenal. La visita es un momento de algo de catarsis".

El esquema narrativo es bastante simple y eficaz. El escenario presente es sólo y exclusivamente la cárcel, y su desarrollo cronológico abarca la cotidianeidad espeluznada de un pasado de días. Entre los presos varios y sus respectivos vigilantes, según a la condición de personajes sólo cinco o seis sujetos, cuya vida anterior se nos hace presente a través de sucesivos flashbacks insertos en la acción inmediata con bastante propiedad. Ellos abarcan, de un modo simple, hasta los recuerdos de las novelas novelescas si la historia misma de los protagonistas. A lo largo de su convención formalmente estrecha se revela lo que gusta y disgusta a cada uno de todos los demás, sus buenas y malas relaciones recíprocas. Al hilo de estas situaciones se esboza la provisión psicológica del prisionero, su agresividad y sus desahucios, y también, finalmente, la extraña solidaridad que se encuentra en esa comunidad forzada.

El relato cotidiano de la cárcel, entrecortado con los flashbacks del pasado, se detiene y se alienta. Lo que tanto, que sólo nos damos cuenta de su actualidad cuando, por contraste, está totalmente falta; por ejemplo, cuando el autor decide abstracción con un racconto más bien remoto y excesivo sobre los orígenes varios del preso Morandi —el protagonista de esta novela— sus ancestros, la emigración a América, etc., un intermedio que pretende dar varie-

dad al conjunto, pero que no conviene, por su interés puramente marginal y por innecesario. Nos sentimos mejor —más interesados— de vuelta en la cárcel y en sus ritos: las competencias deportivas, los dramas de la higiene precaria, las conversaciones de ocasión, las visitas... En rigor, la principal acción presente, la que dinamiza el relato, es el espionaje que ofrece Porcile al servicio del aparato de inteligencia del régimen —sobre Morandi, el presunto revolucionario que lo es cada vez menos.

La genes de Marras es, en definitiva, más bien descuidada, no exenta de elementales errores de sintaxis o de composición; la que muchos narradores escriben hoy, más atentos a darse a entender con un mínimo de eficacia que a trabajar un estilo o destacar un lenguaje. El fenómeno, por generacional, merece un mayor análisis que otro día le prestaré. Como suele ocurrir en estos casos, lo mejor son los capítulos o los capítulos finales. En cuanto a las dramáticas personales, a medida que avanza la acción se imponen entre los personajes prisioneros o guardias, al protagonista económico de Morandi, sin duda el más complejo de los caracteres de *Las ganas locas*: un subterfugio muy personal, un teórico interesante, sin vocación de héroe, confundido entre la revolución y la claudicación, alguien que al parecer ya capituló ante el poder del nuevo establishment, pero que todavía se agarra literariamente a las letras de otro tiempo, un ser moldeado a la medida de su propio opo-

res, que imagina su futuro revolucionario. El protagonismo del régimen militar pasado no está en el primer plano narrativo, pero como fondo de la novela marca todos los destinos personales con un estigma indeleble, interfiriendo en forma imprevible en lo más íntimo de las vidas humanas, poniéndolo todo bajo sospecha, revelando las virtudes de un pasado de hombres más bien devalados en una prisión preventiva. No es esta, sin embargo, una novela de denuncia explícita. Hasta la última página —sobre todo en la última página— conserva un carácter de experimento más bien frío y desamparado.

En efecto, hacia el final de la novela hay un vuelco de proporciones, que afecta y modifica todo su curso precedente. Resulta que las relaciones recíprocas de Morandi y Porcile —hasta ahora el revolucionario y su espía— eran sólo experimentos psicopolíticos controlados por un organismo superior de seguridad, que investigaba sus comportamientos en situación de encierro con el fin de un mejor dominio y así manipulación de las personas en favor del régimen: un fin trabajo de psicología aplicada, que posee bajo una luz entrometida nueva la conducta de ambos a lo largo de la narración.

El lector siente que le cambian las reglas de juego de su lectura a última hora, de un modo no muy creíble, con un efecto teatral excesivo y un toque de psicopolitización. El resultado no deja de ser interesante, pero parece un desasosiego en muchas extracciones. En el último momento se le imagina al autor: Dan ganas de releer la novela entera desde una nueva perspectiva, pero como no son *ganas locas*, me obligo de hacerlo. No estoy seguro del acierto del desahucio, pero tampoco de su desahucio. Tal vez era el único desenlace posible para cerrar con frialdad este interesante experimento carcelario. ■